

MARTES 21 DE AGOSTO DE 1900

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres me-  
ses 7'50 PSESETAS.  
Comunicados á precios convencionales  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS  
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea  
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.  
En primera. . . . . 00'20 id. id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 15

## Lo de siempre

La eterna canción, la jeremiada de siempre. Los pobres empleados de la Diputación provincial atraviesan por una época malísima, y todas las épocas son peores para esos desheredados.

Se les adeudan bastantes pagas, y no se les paga; se les *pega*, si acaso con hostias contestaciones, cuando reclaman lo suyo que tanta falta les hace y que necesitan para atender al sustento de su familia, pues, aunque D. Juan tiene cosas muy originales, no creemos suponga que las familias de esos pobres empleados se alimentan de aire y moscas como los camaleones.

Se dice que el Sr. Gobernador tiene en su poder seis mil pesetas para ingresarlas en la Diputación.

Haga el ingreso D. Juan, ya que, al parecer, se ha propuesto regenerarse y seguir buen camino. Atienda á esos pobres empleados, por caridad siquiera, que no falta alguno que está enfermo y carece de recursos, atravesando la más triste de las situaciones.

Si D. Juan se apiadase de esos pobres empleados, cuente con nuestro aplauso, á más de la satisfacción íntima que debe experimentar como consecuencia de la realización de una buena obra, y de tantas bendiciones como había de recibir de tantas familias que están en la miseria, oculta con el relumbrón de destinos... sin paga.

## LA SEGURIDAD PERSONAL

Parece ser que la desgracia, vulgo mala sombra, persigue á nuestro gobernador.

Desde que al regresar de su viaje, tomó de nuevo posesión de su cargo, con honda amargura hemos visto, que el lamentable estado de abandono social en que vivimos, ha tomado incremento hasta tal punto, que siguiendo por el camino que nos llevan, tras no muy largo espacio, habrá que pedir la anexión de esta ciudad á la Cañería ó Marruecos, con más razón al primero de dichos pueblos, pues que el segundo, sufriría mengua con nuestro estado social.

Tan repetidas son las quejas que es un clamoreo continuo el que se escucha. Todos los días, pero especialmente los festivos, á la caída de la tarde comienza el bárbaro espectáculo de las riñas de beodos y rufianes, espectáculo que hasta la media noche ó después continúa.

Por todos los llamados *portillos* que dan entrada á la ciudad desde la huerta y especialmente por los senderos y caminos de la parte de Espinardo y Alcantarilla, penetran al osurocer en procesion continua, tantos y tantos individuos repletos de vino y *similares*, que celebran el día bebiendo en los ventorillos primero, y escandalizando por las calles de la ciudad, después.

Ayer hubo un exceso de *curdas*, ó el vino se ha abaratado ó se han enterado los amantes de Baco de que el vellido á ocupar su cargo el Sr. Gobernador civil D. Juan Campoy.

Íntil es decir que las calles de la ciudad se vieron muy concurridas; las camorras, los tiros, los escándalos y las disputas fueron en crecido número.

En uno de los callejones que desembocan á la plaza de Agustinas, broncea y tiros, carreras y sustos; en el barrio de San Juan, id. id., en dos ó tres partes; en la replazeta de Turroneros, junto á la calle de Balart, tres borrachos agredieron á un amigo nuestro haciéndole dos disparos.

Es el cuento de nunca acabar; venimos desde hace tiempo suplicando encarecidamente al Sr. Gobernador que remedie tal abuso que pone en peligro las vidas de los ciudadanos, y D. Juan, sordo al parecer, no hace caso ó no quiere hacerlo, y mientras, diariamente, y con especialidad los días festivos, penetra en Murcia al declinar la tarde la enorme pandilla de borrachos y alboro-

adores, que dan visos de pueblo de sal-  
vajés á la ciudad que presume de culta.

Cuanto de ayer se diga, es poco en comparacion con lo ocurrido. Hasta después de las dos de la mañana, los *curdas* camparon por su respeto.

Ya no pedimos á la autoridad que ponga oído á tal espectáculo. Nos limitamos á referir. Y, paciencia.

Otros tiempos vendrán;  
¡Tal vez, bueno crearemos á D. Juan!  
Si; por que en estos tiempos de Dato y Silvela, todo es de temer.

## DE MADRID Á MURCIA

### El viaje de los reyes.

Los periódicos de la mañana no dicen nada que merezca atención.

Por algunos días habrán de resignarse los lectores á la diaria comidilla del viaje regio con todos sus detalles, accidentes y accesorios.

Los corresponsales no se ocupan de otra cosa; los periodistas no comentan más que eso.

Por las fiestas que se celebran en las poblaciones visitadas por los reyes, no podrán deducir estos que España necesita regenerarse, sino que es un país próspero, rico, lleno de fábricas y de grandes centros mercantiles; que aquí no hay pobres que sufran y callan, porque éstos ó se van por no presenciar tanta hipocresía, ó no se exhiben espontáneamente ante tantos montes de percalinas y de volcancas de cohetes.

### Dato continúa

El ministro de la Gobernación que tiene buena pupila, comprendió por lo visto que la llegada á San Sebastian del marqués de Aguilar de Campó era para reemplazarlo como ministro de jornada y dijo: ¡Tate! á mi no me soplan la dama.

Y efectivamente; alegando la necesidad de tener que conferenciar con el gobernador de Asturias sobre la cuestión de los obreros de Gijón, el Sr. Dato continúa y continuará al lado de los reyes hasta que regresen á San Sebastian.

El ministro de Estado, conformado ó resignado con su triste papel regresa á Madrid, á pasar su veraneo recibiendo las notas del tráfico internacional, en espera de revanoha.

### No hay que engañar

Recomiendo á usted Sr. Director que, por ningún estilo dé usted crédito á lo que se publica respecto á la caída de este desgraciado Gobierno á corto plazo.

Tan grato acontecimiento hay que esperararlo un poco más tarde, y digo tarde, por la razón que aquí todos sabemos.

El hacer Príncipe (consorte) de Asturias al hijo del célebre faccioso Conde de Caserta, es uno de los mayores compromisos aceptados por el Sr. Silvela y es también el único que puede realizar un hecho de tal trascendencia y tan repulsivo al sentimiento español.

Sus compañeros de Gabinete y su mayoría en las *Cámaras* nos daran el golpe.

Se dice, como una esperanza, que acaso en las reuniones preparatorias, antes de abrirse las Cortes, el Sr. Silvela tomará el pulso á la opinión de los suyos y acaso sufrirá un desengaño. ¡No lo creemos! El indiferentismo del pueblo español es tan grande que por todo pasa.

Don Carlos Borbon (Caserta) será Príncipe de Asturias.

19 Agosto 1900.



### VAN HALS

Descolló el famoso pintor flamenco Francisco Van Hals, nacido en Molinas (Países Bajos) el año 1584, en la pintura de retratos, hasta el extremo de que en este género no tuvo competidor en su época, y de cuantos han florecido en su patria, solo uno logró aventajarle: el

nunca bien admirado y comprendido Van Dyck.

Tuvo por maestro, al doctísimo Carlos Van Mander, autor de pocos cuadros buenos y de algunos libros de arte justamente admirados, por ser más teórico que práctico, á cuyo lado Van Hals se nutrió de sabias teorías, las cuales, al descubrir este amplios y hermosos horizontes cuando libre de la tutela de su profesor se dejó arrastrar por su poderosa inspiración, formaron del pintor malinasino un artista ejemplar, puesto que además de una imaginación verdaderamente portentosa, poseía los tecnicismos del arte que cultivaba, á los que solo hacía uso en un grado que no resultaban nunca supeditados á ellos los frutos de la inspiración, por saber hermanar unos con otros en forma que ambos se completaban y contribuían, sin desdoro de ninguno, á la realización de la belleza soñada.

Pero, sin duda, para que no todo fuera perfecto en Van Hals, éste tuvo un vicio fatalísimo, el de la embriaguez, el cual primero le obligó á salir de su patria y fijar su residencia en Harlem (Holanda) y después le condujo á una vida de embrutecimiento ó idiotéz, á la que no consiguieron arrancarle los esfuerzos de sus discípulos y admiradores, valiéndole su repugnante pasión por la bebida el sobrenombre de «El pintor borracho». Mas, para fortuna del arte, la embriaguez no mató en Van Hals sus excelentes, dotes de artista, y unas veces aguijoneado por la miseria y otras obedeciendo al gran cariz que hasta la muerte le inspiró la pintura, produjo obras de no inferiores méritos que las concebidas cuando su razón no se hallaba perturbada por el vicio.

No obstante la vida crapulosa y desenfrenada que hacía, Van Hals llegó á ser octogenario, pues murió á los 82 años de edad en 20 de Agosto de 1666.

Hernando de Acevedo

## MARCELA

Era una loquilla aquella encantadora criatura. Exuberante de vida, de salud y de alegría, parecíame un astro brillante que al cruzar por medio de las sombras de la tierra, las disipaba.

Llegué á sentir por ella una pasión seria y firme, pasión que residía en mi alma y que llenaba todas las horas de mi vida; pero no podía obligarla á que me escuchara con formalidad. Marcela tenía el espíritu inquieto y juguetón de una niña, en el cuerpo hermosísimo de una mujer.

La esperaba con frecuencia en el parque, le tomaba las manos y oprimiéndolas con ternura le decía:

—Oye, Marcela ¿quieres ser mi mujercita?

Ella se soltaba con un movimiento rápido, riéndose con su risa fresca, sonora, que tenía notas finísimas, como gorjeos de jilguero.

—Si me alcanzas, sí; si no, no.

Y partía más veloz que la flecha cuando sale disparada del arco; yo la seguía, pero me dejaba atrás; aquello no era una mujer que corría, sino un ave que volaba... Se iba muy lejos, después volvía á encontrarme, con los cabellos sueltos, las mejillas encendidas, los ojos brillantes, bella, bellísima como un ensueño de amor; y me decía:

—¿Ves como no puede ser?

Y se iba, dejándome oír aquella risa alegre, fresca, que me desesperaba y enloquecía, que para mí era á la vez tormento y alegría, placer y dolor.

Un día vi el extremo de su falda vaporosa y ondulante desaparecer detrás de unos ciruelos que hay al final del parque, y me fui á buscarla.

No estaba allí... Me figuré, al pronto, que jugaba al escondite conmigo, y resolví sorprenderla; pasito á paso di la vuelta en torno del árbol más grueso, y salí de repente, pero nada, no estaba.

Quedéme un momento desorientado y sin saber qué partido tomar, cuando de pronto su risa, más franca, más sonora

que nunca, me advirtió que estaba en la copa de uno de los árboles, riéndose como una loca, irreflexiva como una niña, sin comprender el grave riesgo que corría.

Sentí como si una mano de hierro me apretara el corazón.

—¡Baja, Marcela mía; por la Virgen Santísima, baja!

Pero ella en su ignorancia me hacía rabiar, tirándome las ciruelas verdes y riéndose cada vez más. La rama crugió.

—¡Marcela!

Un chasquido seco de la rama que se partía me hizo saltar y colocarme debajo del árbol para recibirla en mis brazos. La vi venir de cabeza, dando tumbos entre las ramas, que parecían cerrarse para ampararla en su caída; después sentí en mi cabeza un golpe horrible... luego... nada...

Imposible me fué calcular el tiempo que estuve privado de sentido. Cuando recobré mi inteligencia, sentí una gran pesadez y dolor en todo el cuerpo; entreabrí los ojos velados aún por una tenue gasa, y miré.

Inclinada sobre mí, con el rostro como jamás se lo había visto, transformado por el dolor, latente de angustia, estaba Marcela:

—¡Carlos! ¡Oh, Carlos, mírame—me decía—ó me vuelvo loca! ¿No oyes que soy yo, que te llamo?

Cerré los ojos impresionado por aquella extraordinaria visión, por tanto tiempo deseada. Ella creyó que me moría; lanzó un grito de angustia y espanto, y uniendo su rostro al mío, murmuró con voz dulcísima no oída por mí jamás, voz que había perdido sus tonos agudos y burlones:

—¡Háblame, abre los ojos! ¿No ves que me estoy muriendo?

La angustia había transformado la niña en mujer, y Marcela con sus facciones idealizadas por la pasión y el dolor, estaba infinitamente más hermosa que cuando reía con su risa de niña. Era la realización del más suspirado sueño de mi vida.

Hice un esfuerzo y logré levantarme para ir á la casa, donde ya debían esperarnos. Marcela me seguía, pálida, demudada, con la frente baja, como si la agobiara el remordimiento.

—Verás—me dijo,—verás como no vuelvo á hacer locuras.

Luego acercándose más, me tomó ambas manos, trémula, pudorosa, velando ostentamente la luz abrasadora de sus ojos y murmuró con voz débil y opaca:

—¿Cuándo quieres que sea tu mujercita...?

Mory Fait.

## UN VIAJE POR LA CHINA

VIII

Los chinos, además de las supersticio-

nes que hemos dicho, y otras que no enumeramos, tienen una infinidad de preocupaciones y agüeros que influyen poderosamente en todos los actos de su vida, y cuyo principal objeto es alejar el mal y el peligro, más bien que implorar felicidades y buena suerte. Tan grande es el poder que atribuyen á los genios malévolos, en cuya existencia creen ciegamente, aunque sin formarse la menor noción de su naturaleza, que á cada instante se creen amenazados por ellos, y expuestos á ser víctimas de su enemistad. Apenas hay persona que no lleve pendiente al cuello algun amuleto para alejar las influencias malignas. De esta propensión suelen aprovecharse los sacerdotes de todas las sectas, para vender pedazos de papel, polvos, bálsamos y otras composiciones que dan como preservativos infalibles. El terror que les inspiran los espíritus que, según creen, están siempre vagando por los aires, ha dado lugar á una fiesta religiosa que los budhistas celebran con gran aparato, la cual tiene por objeto apaciguar á aquellos seres invisibles. El día de la festividad se entoldan las calles, y de una casa á otra se cuelgan festones de seda de colores brillantes. Penden de trecho en trecho arañas y faroles sobrecargados de

adornos, y todo esto se ilumina de noche, formando un agradable golpe de vista. Los sacerdotes se presentan en un tablado donde rezan oraciones á *Yen wang* que es el Dios de los infiernos, y enseguida descubren un opíparo banquete destinado á los espíritus hambrientos. Cuando uno de los acólitos avisa que los espíritus están ya dispuestos á comer, los sacerdotes mandan llevar los manjares al templo.

Por Agosto se celebra otra fiesta muy semejante á la precedente, que se llama *Esjani*, ó la quemazón de la ropa, por que se hacen de papel todas las ropas que se usan en el país, y se queman con la esperanza de que se conviertan en ropas verdaderas en la otra vida, para el uso de sus parientes. Algunos son todavía más generosos: hacen una casa de papel con todos los muebles y utensilios necesarios, y por medio de una escritura pública, trasladan su propiedad al pariente difunto á quien quieren favorecer. Después de firmado y sellado este acto, pegan fuego al edificio, y quedan muy persuadidos de que el pariente toma posesión en aquel instante de una casa real y verdadera.

La protección dada á la idolatría y á la superstición, es constante y general en todas las clases del imperio, y hay millares de personas que ganan la vida y prosperan, sacando astutamente partido de aquella disposición. Continuamente se están abriendo suscripciones para edificar pagodas ó reparar las decaídas como medio seguro de atraer las bendiciones del cielo á la vecindad de aquellos sagrados edificios. Ha aquí un caso referido, y acaecido en 1843, por un viajero inglés, que prueba hasta qué grado llegan estas propensiones supersticiosas. Un oficial inglés que en el ataque de *Chin Kian-fu* se había apoderado de una estatua del Dios del fuego, se la regaló á una señora como objeto de curiosidad. Pocos meses después, la señora tuvo que volver á la India y deshacerse de todos sus muebles. Al hacer de ellos en subasta pública, acudió una gran muchadumbre de chinos deseosos de adquirir el ídolo. Antes de todo lo examinaron cuidadosamente para saber si tenía la señal de la consagración, sin la cual no puede ser objeto de culto. Seguros de ello, lo compraron por cincuenta duros, y lo llevaron en andas á una tienda, que se adornó y engalanó en honor de tan elevado huesped. Enseguida se convocó una reunión pública, y en ella se trató de comprar un terreno para edificar una capilla. La suscripción se llenó en pocas horas y produjo 2.000 duros. Con esta cantidad se adquirió del gobernador de la isla un islote inhabitado, y en él se formó un templo, donde reside ahora aquel número, en compañía de un guardian que los devotos pagan y que no tiene mas oficio que perfumarlo, quemando incienso y papel en su altar.

El sortilegio es práctica muy propagada en China, á la cual se acude continuamente para saber si tendrá buen éxito tal empresa, ó cura tal enfermedad, si convendrá casarse tal día, ó despachar un buque á tal puerto: en fin, apenas hay acción en la vida que no se someta á la suerte. En cada calle de Pekin y de las principales ciudades chinas, se encuentran las mesas de los decidores de la buena ventura; en tiendas más lucidas practican sus artes los nigrománticos, y hasta en los mismos templos se echan suertes para saber si son afortunados ó no las oraciones, ó si son ó no gratos los sacrificios. Hay diversos modos de ejecutar la operación. En todos ellos se usa del bambú; unas veces partiendo la raíz por medio, y observando los dibujos que forma; otras, escribiendo ciertos caracteres en fragmentos de la caña, y procurando inferir consecuencias de las combinaciones fortuitas que resultan de su mezcla.

Además de la variedad de setas en materia de religión, hay muchas sociedades que participan del carácter religioso y político. La más importante de todas ellas es la llamada *Tien-ti-hui*, sociedad del lirio acuático. Su objeto es el destronamiento de la familia reinante

